

NEW LEFT REVIEW 93

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2015

NUEVAS MASAS

PABLO IGLESIAS	Entender Podemos	7
ENTREVISTA	España en la encrucijada	33

ARTÍCULO

MIKE DAVIS	La teoría perdida de Marx	
------------	---------------------------	--

NUEVOS MEDIOS

FRANCIS MULHERN	Una fiesta de rezagados	
-----------------	-------------------------	--

ARTÍCULOS

JOANN WYPIJEWSKI	Solo en casa	
R. TAGGART MURPHY	Sobre el Japón de Shinzo Abe	

CRÍTICA

JOSHUA RAHTZ	¿Flaquea el motor alemán?	
EMMA FAJGENBAUM	Tzara aproximativo	
VOLODYMYR ISHCENKO	Mitologías del movimiento Maidán	

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Marcel Fratzscher, *Die Deutschland Illusion: Warum wir unsere Wirtschaft überschätzen und Europa brauchen*, Múnich, Carl Hanser Verlag, 2014, 278 pp.

JOSHUA RAHTZ

¿FLAQUEA EL MOTOR ALEMÁN?

En los últimos cinco años ha surgido con fuerza una nueva dinámica política en la UE, pues cada intento sucesivo de estabilizar la crisis de la eurozona ha endurecido la relación centro-periferia. Un pequeño grupo de países del norte liderados por Alemania disfruta de superávit en su balanza por cuenta corriente y dicta los términos de reorganización económica a los países endeudados del sur con el visto bueno de la Troika. En Grecia, los efectos de la crisis económica mundial de 2008 se han visto agravados por esta austeridad demoledora, dando como resultado una destrucción sin precedentes de su economía nacional. El país ha sufrido ahora una depresión peor que la de la década de 1930, sin que se pueda prever una recuperación dentro del marco del euro. España, Portugal e Italia, esta última miembro fundador del proceso de integración europea, permanecen atrapadas en una recesión desastrosa. Desde 2012, todos han sufrido una tasa de desempleo oficial de dos dígitos (25 por 100 en el caso de España) con un desempleo juvenil todavía más alto.

Por el contrario, Alemania parece haber superado lo peor de la crisis. La cuarta economía del mundo se distingue por un desempleo comparativamente bajo y en descenso. Es el principal acreedor y exportador de Europa. Lejos de la legitimidad desgastada de los sistemas nacionales del sur en su día hegemónicos, en Alemania la escisión intraeuropea ha fomentado la vuelta de los estereotipos patrios como tierra del trabajo y la responsabilidad, y del Mediterráneo como zona de ociosidad y despilfarro. Para el

poderoso ministro de Economía de la CDU, Wolfgang Schäuble, la respuesta parece consistir en la expulsión de la unión monetaria de Grecia, un chivo expiatorio cargado de deudas y abandonado a su suerte, e imponer la virtud alemana a los demás miembros; para la recientemente formada Alternative für Deutschland, que desde la derecha le pisa los talones a la CDU, la respuesta es evaluar las pérdidas y terminar con la moneda única. Sin embargo, tal como insiste Marcel Fratzscher en *Die Deutschland Illusion*, un análisis más profundo de la economía real de Alemania revela importantes debilidades subyacentes, a pesar de las ventajas que disfruta por su pertenencia a la eurozona. Alemania ha experimentado una tasa de crecimiento y un crecimiento real de los salarios por debajo de la media de la UE desde el cambio de siglo. La pobreza ha aumentado, así como la desigualdad en ingresos y riqueza, que se sitúa ahora entre las más altas de Europa. El crecimiento de la productividad ha sido escaso, como resultado de una tasa de inversión que se halla entre las más bajas del mundo industrializado y que solo mantiene la competitividad alemana gracias a la contención de los salarios. La discusión sobre la explicación de estos datos está provocando actualmente una segunda escisión grave en Europa: no entre regiones, sino en el seno del *establishment* político de su principal proveedor de recursos económicos.

Fratzscher, decidido partidario del euro, escribe inequívocamente en representación del ala más racional del capital internacional. Dentro del espectro político alemán se sitúa en el centro exacto de los seguidores del SPD-Verdes, pero gran parte de su carrera ha tenido lugar en el extranjero. Nacido en 1971 y criado en Bonn, se graduó en Ciencias Económicas en Kiel, obtuvo después una licenciatura en Filosofía, Política y Economía en Oxford y un máster en Economía Internacional en la JFK School of Government de Harvard. Empezó a trabajar en el Departamento de Operaciones en Asia del Banco Mundial en 1996, inicialmente en China, y después pasó dos años en Yakarta como consejero del gobierno de Suharto durante la crisis del este asiático de 1997-1998, patrocinado por el Harvard Institute for International Development, que se hundió memorablemente en 1999, tras un acuerdo de pago de veinticinco millones de dólares al gobierno de Estados Unidos como consecuencia de la revelación de su doble juego en Rusia. Después de obtener un doctorado en Finanzas y Macroeconomía internacionales por el European University Institute de Florencia, Fratzscher pasó la década de 2001 a 2012 en el departamento internacional del Banco Central Europeo. En 2013, se trasladó de Frankfurt a Berlín como consejero oficial del vicescanciller Sigmar Gabriel, ministro de Economía y Energía del SPD en el gobierno de coalición de Merkel, y presidente del Deutsches Institut für Wirtschaftsforschung, una fundación de investigación que dispone de una generosa financiación. Gabriel también nombró a Fratzscher presidente de la comisión (presentada en agosto de 2014) encargada de dar un nuevo impulso a la inversión interna alemana.

Sería difícil exagerar la acogida concedida a *Die Deutschland Illusion* cuando apareció en Alemania a finales del pasado verano. El *FrankfurterAllgemeine Zeitung* describió a Fratzscher como la «nueva conciencia económica de la nación». El libro aparece con el refrendo no solo del ministro de Economía de Alemania, sino también del presidente de la Comisión de la Unión Europea, Jean-Claude Juncker, y recibió una crítica muy positiva de *The Economist*. *Die Deutschland Illusion* puede leerse en un vuelo transatlántico y ha sido un superventas. No lleva notas a pie de página ni al final del libro y relega sus cuarenta y dos gráficos a un apéndice. Fratzscher reprende la ignorancia del sentido común popular en Alemania, pero se dirige claramente a una audiencia amplia y general. Contra la rebelión euroescéptica que agita la derecha del CDU/CSU, en línea con su inspirador intelectual, el economista muniqués Hans-Werner Sinn, Fratzscher intenta desmontar lo que considera una fantasía apenas creíble: que Alemania pueda renunciar a la moneda única y seguir su camino en solitario.

Fratzscher prelude su análisis de *Die Deutschland Illusion* con algunas reflexiones personales. Saca a relucir su choque cultural al trasladarse a Berlín a principios de 2013, tras vivir veinte años en el extranjero o centrado en la política europea desde su atalaya en Frankfurt. Cuando era un estudiante *vordiplom* [pregrado] en el Instituto de Economía Mundial de Kiel a principios de la década de 1990, se había acostumbrado a una Alemania autocrítica que perdía competitividad internacional y a la que se conocía como «la enferma de Europa». Pero desde entonces la cultura nacional se ha transformado. Ahora se caracteriza por la seguridad en sí misma y la euforia, señala Fratzscher, manteniendo a la vez una actitud de resentimiento hacia sus vecinos europeos. En su opinión, esa cultura se apoya en tres ilusiones básicas. La primera es que Alemania ha resuelto sus debilidades básicas subyacentes y está en camino de la expansión económica nacional; la segunda, que ese futuro es posible independientemente de Europa, puesto que Alemania se vinculará cada vez más al comercio económico fuera de la UE; finalmente, que Europa solo quiere el crédito alemán y que Alemania es la víctima de una Europa que depende de ella, pero de la cual no recibe beneficios. Fratzscher intenta desmontar estas tres afirmaciones. Esta es la estructura básica del libro, además de un «Plan de Diez Puntos» para terminar con la crisis de la UE.

Die Deutschland Illusion refuta de manera rotunda la noción de que Alemania está experimentando hoy en día un segundo milagro económico. Quizá es aquí donde las confusiones populares, tal como las describe Fratzscher, se apartan más de la realidad histórica. Para Fratzscher, el pasado reciente queda olvidado bajo el peso acumulado de la fuerza del índice DAX de la Bolsa de Frankfurt. Si no se idealiza, la economía alemana de la década de 1980 solo consiguió salir de un largo estancamiento durante el

segundo gobierno de la coalición SPD-Verdes de Schröder, tras la recesión de 2000-2002. Las «reformas audaces» de la Agenda 2010 de Schröder solo pudieron llevarse a cabo gracias al trabajo conjunto de los líderes de la industria y los sindicatos para recuperar la competitividad del país, en un periodo caracterizado por el declive del crecimiento y la inversión alemanes, que se encontraban entonces muy por debajo de las de otros grandes países industrializados. El diagnóstico de Fratzscher sobre estas reformas es que sin duda fueron un éxito, pero no porque representaran el compromiso institucional entre el capital y el trabajo (restricción salarial a cambio del relanzamiento de la inversión), sino porque supusieron en realidad una derrota histórica de los trabajadores y un ataque al Estado social. La Agenda 2010 redujo el gasto público en bienestar y desempleo e introdujo medidas para una mayor flexibilidad del mercado laboral. Fratzscher admira también el significado político de la Agenda 2010: «Muchos se sorprendieron de que estas reformas viniesen de un gobierno socialdemócrata», señala con aprobación, dada la «relación tradicionalmente cercana que tenía con los trabajadores y los sindicatos».

A pesar de lo necesarias que eran, las reformas no tuvieron un efecto inmediato; Fratzscher señala que hasta el año 2007 el crecimiento de Alemania no se emparejó con el de otros países europeos. Lo que distinguió la agenda de Schröder desde el principio, de acuerdo con *Die Deutschland Illusion*, fue su significación social más amplia, ya que marcó un punto de inflexión en las expectativas sociales y político-económicas básicas del sistema alemán. Fratzscher defiende que esta transformación no se visualizó en realidad hasta después de la crisis de 2008. Solo entonces quedó claro que los empresarios alemanes podían apoyarse en las reservas que habían acumulado para compensar a los trabajadores cuando recortaban sus horarios y así evitar futuros costes de formación y educación en una recuperación subsiguiente. El Estado alemán jugó aquí un papel importante al racionalizar la normativa de trabajo temporal. Además, la «enorme flexibilidad» proporcionada por las nuevas normas de negociación colectiva permitió los llamados ajustes salariales «a la medida», según el sector y la región: es decir, de acuerdo con los índices de productividad y crecimiento predominantes. Los trabajadores, que se encontraban en una posición de debilidad sin precedentes históricos, tanto política como económicamente, y en medio de la mayor crisis registrada desde la década de 1930, no tenían medios para resistir ante estas propuestas. El resultado fue una estabilización del desempleo a expensas del crecimiento de los salarios.

Al margen de la contención de salarios, Alemania pudo capitalizar su posición única en la economía mundial al estallar la crisis. Como gran productora de los bienes de capital que demandaba la inversión en infraestructura y capacidad productiva en China, Europa del Este y América Latina,

la industria alemana pudo recuperarse al exportar sus extraordinarios productos de ingeniería, junto con los servicios de mantenimiento a largo plazo que los mismos requerían, a las únicas regiones con índices altos de crecimiento que quedaban en la economía mundial después de 2010. Ningún otro país gozaba de esa posición. Mientras que casi todas las otras economías avanzadas sufrieron un descenso en su cuota de mercado de exportación, la de Alemania creció. Esta alza de las exportaciones, con su correspondiente recuperación de empleo, supuso asimismo una recuperación de los ingresos públicos, proporcionando las condiciones para la consolidación fiscal. Al mismo tiempo, la reducción del tipo de interés preferencial del BCE permitió al Estado alemán recibir crédito más barato que nunca. Esa es la economía política del «campeón mundial de las exportaciones aunado con el Estado virtuoso»: estructuralmente inimitable, subraya Fratzscher, y, por consiguiente, inservible como modelo para la endeudada eurozona meridional.

Sin embargo, el comparativo dinamismo de Alemania desde 2008 ha tenido una contrapartida. Fratzscher deja claro que la economía basada en las exportaciones no se ha traducido en prosperidad para los alemanes. De hecho, el crecimiento de los salarios queda por detrás del de Francia e Italia; el gasto del consumidor está por debajo de la media europea, y también el poder adquisitivo comparado con el de Estados Unidos. De hecho, el bajo desempleo comparativo esconde el fenómeno del subempleo y el empleo precario, pues el número de horas de trabajo casi no ha crecido desde 2000. Alemania tiene ahora el nivel más alto de desigualdad de ingresos dentro de la eurozona; la diferencia entre las rentas sigue aumentando y las divisiones están dando lugar a una estructura de clase todavía más anquilosada, que se manifiesta con gravedad en el acceso a la educación universitaria, a la que solo accede el 20 por 100 de los jóvenes de clase obrera. La introducción de un salario mínimo mísero, calcula Fratzscher, «tendrá el mismo efecto que un aumento salarial único inferior al 1,5 por 100» y recaerá principalmente en las pequeñas y medianas empresas, que probablemente reducirán empleo para compensar. En cuanto a la relación entre esta prosperidad en declive con el celebrado «segundo milagro económico», Fratzscher concede que este último ha tenido lugar «no gracias a la mejora de la productividad, sino casi exclusivamente gracias al crecimiento más lento de los salarios alemanes». «Esto es sorprendente», añade.

Fratzscher intenta cualificar esta llamativa conclusión. Si se analiza sector por sector, argumenta, el bajo crecimiento de los salarios está principalmente restringido a los servicios, mientras que los trabajadores del sector de la exportación y de la «industria» disfrutaron de algunos de los salarios más altos del mundo. Pero sorprendentemente *Die Deutschland Illusion* no proporciona gráficos por sectores para apoyar su afirmación ni da ninguna cifra a lo largo del libro. Además, mientras que hasta este momento Fratzscher ha

utilizado los costes laborales unitarios para evaluar la competitividad en su análisis de los salarios, ahora hace solamente una afirmación general sobre los niveles salariales. El hecho es que las empresas alemanas han sido capaces de reducir los costes laborales unitarios en el sector industrial desde la década de 1990. La medición de tales costes al tipo de cambio efectivo (un buen indicador de la competitividad de las exportaciones) revela también un declive evidente en la industria. *Pace* Fratzscher, los salarios en este sector simplemente no han seguido el ritmo de crecimiento de la productividad.

Por mucho que la industria alemana dependa ahora del crecimiento de China, Brasil e India para tener una demanda adecuada para sus exportaciones, Fratzscher insiste en que Alemania no puede permitirse ignorar a sus vecinos europeos, que siguen siendo el destino de «un tercio de sus exportaciones». Aquí se equivoca: el nivel real, tal como ha señalado en otro lugar, es de dos tercios, pero esto simplemente fortalece su tesis general. Estos mercados solo se han podido mantener a costa de violar los límites de Maastricht, que marcan un índice del 60 por 100 en deuda pública con respecto al PIB, lo que indica parte de la contradicción político-económica fundamental a la que se enfrenta Europa hoy en día. Fratzscher insiste sobre las reformas estructurales en la periferia, pero recuerda al lector que Alemania fue una de las primeras que violó el acuerdo sobre el límite de la deuda.

¿Cómo propone Fratzscher romper este peligroso ciclo? En cuanto a la deuda de España, Italia, Portugal y Grecia, está en línea con el Tesoro de Estados Unidos. Nada de quiebras; los libros de contabilidad de los acreedores deben permanecer intactos. Cualquier otra vía, predice, llevaría a la recesión en toda Europa, más profunda que cualquier otra que haya tenido lugar hasta ahora. Fratzscher está dispuesto a considerar una «reestructuración» consensuada y pagos en concepto de intereses asociados al PIB. Pero a cambio «Grecia debe responsabilizarse de sus reformas», tal como instruyó al gobierno entrante de Syriza desde el púlpito de la página de opinión del *Financial Times*. Merkel y Schäuble «merecen que se reconozca el mérito» de su manejo de la crisis. Desde luego, Alemania «necesita adoptar un papel de liderazgo más fuerte» para mejorar la coordinación de las normas fiscales y las políticas estructurales. *Die Deutschland Illusion* rechaza la opción del eurobono, ya que significaría una redistribución del riesgo de los países más pobres a los más ricos y sería políticamente insostenible para estos últimos. En su lugar, Fratzscher opta por un camino que describe como «constatar lo evidente»: el crecimiento económico.

Entonces, ¿cuál es la raíz del bajo crecimiento en la eurozona (y en la propia Alemania) y cómo se podría revertir? Fratzscher mantiene que la causa principal es la baja inversión, que sigue disminuyendo. En la década de 1990, la inversión representaba el 23 por 100 del PIB alemán. Cayó al 20 por 100 en 2000 y al 17 por 100 en 2013. Esto obvia el razonamiento de que

tal caída simplemente ha mantenido un paralelismo con el declive en la producción durante la crisis mundial posterior a 2008. Fratzscher señala que la inversión ha caído tanto en la construcción como en las instalaciones y equipamiento. El *stock* de capital también ha caído desde principios de siglo, de forma que «cuatro de los cinco mayores sectores industriales alemanes, incluyendo la industria química y la máquina herramienta, tienen hoy en día un *stock* de capital inferior al de principios de la década de 2000». Solo los servicios, la producción de automóviles y las tecnologías de la información muestran una tendencia compensatoria. La situación es similar en el caso de la investigación y el desarrollo, la llamada «inversión inmaterial», que también tiene un índice de crecimiento inferior al de Reino Unido y Francia: un hecho especialmente preocupante para Fratzscher porque Alemania depende en gran manera de los avances científicos y de investigación intensiva. Según sus cálculos, entre los países industrializados, solo Austria tiene un nivel más bajo de inversión pública que la República Federal. Las consecuencias son profundas. Alemania es ahora un país con una infraestructura anticuada, cuya productividad total de los factores se ha reducido a la mitad desde finales de la década de 1990.

La otra cara de este cambio es la anormal tasa de ahorro alemán, que constituye el 24 por 100 del PIB. De hecho, para las empresas, el ahorro ha sido mayor que la inversión desde el cambio de siglo. También ha ocurrido lo mismo en los hogares privados, a un ritmo que ha aumentado año tras año. Este panorama de ahorro elevado y baja inversión está agravado por lo que Fratzscher considera una asignación pobre de ambos. Nuestro autor se pregunta: «¿Se han cumplido las expectativas de crecimiento de la prosperidad? ¿Ha mejorado significativamente la riqueza de la economía alemana, no solo para asegurar la prosperidad futura, sino también para aumentarla?». La respuesta es «aleccionadora»: en los últimos veinte años «Alemania ha perdido en conjunto una gran parte de su riqueza. Desde 1999, las empresas alemanas y los ciudadanos han perdido casi 400 millardos de euros, o sea, el 17 por 100 del PIB».

Fratzscher defiende que incluso, sin producción alguna, esta pérdida podría haber sido evitada si los hogares y las empresas alemanas hubieran invertido los ahorros anuales desde 1991 en el exterior. Pero le preocupa especialmente el hecho de que los inversores alemanes (tanto las empresas como los hogares) hayan tenido una rentabilidad media de sus inversiones en el exterior inferior a la de los inversores extranjeros en Alemania. Debido a que es una tendencia anterior a la crisis, lo interpreta como una señal de que los inversores alemanes no están tan bien posicionados como sus colegas estadounidenses, con los que comparten ciertas similitudes básicas; los alemanes se han equivocado en sus expectativas de rentabilidad de la inversión en el exterior. Por consiguiente, su objetivo es reorientar la inversión

hacia las infraestructuras del transporte alemán, la educación y las energías renovables. Está deseando demostrar que, al contrario de los bonos del gobierno alemán, seguros, pero de muy baja rentabilidad, que son el destino de la inversión extranjera directa en Alemania, la inversión doméstica puede ser rentable si se arriesga más.

La notoria *Schuldenbremse*, la ley de freno de la deuda, que limita el déficit público de la RFA y obliga a los *Länder* a tener presupuestos equilibrados, representa evidentemente un reto para su empeño. *Die Deutschland Illusion* pide a Alemania que supere sus reparos sobre el uso de *private equity* y propone una «mesa redonda» sobre el tema que incluya a políticos y financieros. Propone la utilización de productos financieros de alto riesgo, como la deuda subordinada, para ayudar a atraer capital. De hecho, la comisión sobre inversión que preside Fratzscher ha defendido alianzas público-privadas dudosas como las mencionadas, que incluyen un plan para privatizar las pensiones. También ha criticado duramente un reciente acuerdo CDU-SPD que rebaja la edad de jubilación, así como la *Mütterrente* que compensa el trabajo del hogar y la maternidad con una pensión en la vejez. No es un retorno a una economía mixta keynesiana, sino el lado inversionista de la Agenda 2010.

Fratzscher promete que su privatización de la infraestructura pública llevará al crecimiento del resto de Europa. Tal y como él lo entiende, el problema señalado por el superávit de la balanza por cuenta corriente de Alemania no es que el país exporte demasiado, sino que importa demasiado poco. Fortalecer la Unión Europea con Alemania actuando de motor económico es la clave para un capitalismo regulado y sostenible. La RFA continuaría como una locomotora de la exportación para el continente en su conjunto, pero también funcionaría como un consumidor de último recurso al reinvertir sus beneficios de la exportación en la inversión doméstica, generando así demanda. Para Fratzscher tal crecimiento tendría que continuar bajo la égida de una Europa integrada y por medio del euro. Considera el régimen del euro como una necesidad absoluta tras el derrumbe del sistema de Bretton Woods y enumera una serie de ventajas. La moneda única ha reducido la volatilidad de los tipos de cambio en el continente al aumentar la previsibilidad de los precios. Ha propiciado el incremento del comercio bilateral, aguzando la competitividad ente las empresas. Ha impuesto una uniformidad de estándares y normas, ha permitido la integración financiera y ha aumentado la movilidad y la eficacia del capital. Por todo esto, Alemania debe permanecer en el euro y hacer lo que sea necesario para asegurar la participación de Grecia, Portugal, Irlanda, España e Italia. Mientras tanto, «las reformas estructurales» garantizarán que la política fiscal y los aumentos salariales estén bien sujetos.

Por supuesto, lo que se defiende aquí es que Alemania ha sido el principal beneficiario del proyecto de la Unión Europea. En contra de la aseveración de Hans-Werner Sinn de que TARGET2, el sistema de pago interbancario de la eurozona introducido por el BCE bajo la vigilancia de Fratzscher, ocultaba pasivos enormes (las reclamaciones del Bundesbank se dispararon de 5 millardos de euros en 2006 a 326 a finales de 2010, señaló Sinn) Fratzscher niega el bulo de la «trampa TARGET». Defiende que en lugar de ser una fuente de deudas de dudoso cobro, el sistema de pagos ha proporcionado el apoyo necesario para la periferia de Europa de la manera más segura posible: cualquier banco que recibe préstamos del BCE debe hacer un depósito de garantía; de esta forma, los acreedores alemanes están protegidos de las pérdidas. «De hecho, el sistema ha funcionado extraordinariamente bien durante la crisis y el BCE no ha sufrido pérdidas por bancarrotas», mantiene el autor. Sin embargo, si Grecia saliera de la eurozona, los restantes países del euro que han hecho depósitos en el Banco de Grecia a cambio de préstamos del BCE, no tendrán acceso directo al depósito colateral que los bancos griegos han proporcionado y podrían verse afectados. Por consiguiente, para Fratzscher prevenir la salida griega es la prioridad máxima, pues el colapso que seguiría tendría un gran impacto en Alemania, cuyas exportaciones a los «países en crisis» sumaban 780 millardos de euros para el periodo 2009-2012.

Sobre el propio sistema de pago, Fratzscher concluye que «TARGET no es una trampa, sino una salida de emergencia para los inversores alemanes. Alemania es uno de los grandes beneficiarios, ya que permite a los inversores y a los hogares alemanes retirar capital de países en crisis y evitar pérdidas». De la misma manera, la política monetaria más flexible del BCE desde 2011 ha evitado la catástrofe, aunque Fratzscher afirma que el estímulo fiscal también es necesario. Además de todo esto, debería producirse la consolidación de la unión bancaria como precedente de una eventual unión de transferencias, aunque los préstamos continuos a Grecia son suficientemente urgentes para que tengan lugar de forma ad hoc. *Die Deutschland Illusion* también llama a un fortalecimiento geopolítico de la UE, «ante el descenso del poder global de nuestro aliado Estados Unidos». Esto conlleva un aumento de la cooperación militar a corto plazo y la unificación de las fuerzas navales y aéreas a medio plazo. Aboga por una Constitución europea cuyas características específicas deja bastante abiertas; por el derecho del Parlamento europeo a intervenir en los presupuestos nacionales; y finalmente, por un plan para renovar la legitimación democrática de la Unión Europea, que se lograría por medio de una «ofensiva de comunicación» y «diálogo» con la ciudadanía. Estas propuestas se quedan en poco más que meros intentos superficiales para simular la apariencia de un procedimiento democrático. De hecho, Fratzscher no ofrece ninguna propuesta de reforma

o revisión de la complejidad institucional de la burocracia de la UE y no dice nada sobre la soberanía popular. Recientemente, en esta línea, ha alertado de que «el gobierno griego ha perdido toda la confianza», refiriéndose, naturalmente, a la confianza de las instituciones de la UE y de la Troika, ya que la confianza del electorado griego no merece su consideración.

Die Deutschland Illusion ignora las condiciones globales de competitividad diagnosticadas brillantemente por Herbert Giersch, Karl-Heinz Paqué y Holger Schmieding, del Instituto de Kiel, justo antes de que Fratzscher lo dejara para proseguir su carrera en el mundo anglófono. De acuerdo con su análisis de 1992, *The Fading Miracle*, una causa fundamental del relativo declive de Alemania fue la llegada de «nuevos competidores» al mercado mundial: Japón, desde finales de la década de 1950, y los nuevos países industrializados de Asia del Este, en las décadas de 1970 y 1980, seguidos, por supuesto, por China en la década de 1990. Si la política de la Agenda 2010 ha funcionado para el capital alemán, como respuesta al desafío de los bajos salarios diagnosticado por Giersch y sus colegas, ha sido precisamente a expensas de los trabajadores, tal como acepta Fratzscher. Pero el otro aspecto de las reformas de Schröder fue el decisivo abandono de la gestión de la demanda llevado a cabo a partir de la década de 1970 en la RFA. El análisis panglossiano de Fratzscher no considera la posibilidad de que la inversión alemana haya sido asignada de manera totalmente racional. Una baja tasa de inversión en valores de alto riesgo en el exterior no se produce por una gran «brecha» (ni en Alemania, ni en ninguna parte), sino que es una señal de la falta de canales de inversión rentables. Esto no ocurre únicamente en Alemania. La alta tasa de ahorro alemana es solo el reflejo de la inversión extranjera directa en bonos alemanes de bajo riesgo. Alemania puede continuar con este modelo mientras los beneficios se mantengan gracias a la contención de los salarios, el euro siga subvalorado y haya suficiente demanda exterior. En la periferia prevalece la situación contraria (de un euro sobrevalorado) y los resultados son evidentes para todos. Pero Fratzscher ignora completamente esta dinámica.

Teniendo en cuenta todos los años que pasó Fratzscher como consejero de política internacional, en *Die Deutschland Illusion* se echa de menos un análisis serio de las especificidades de la crisis global. Cuando relata su experiencia en Yakarta, es solo para alertar de «las estrategias populistas» de «convertir en chivo expiatorio» al FMI; una vez que se pongan en marcha las reformas estructurales que recomienda, el «sufrimiento a corto plazo» producirá con toda seguridad una recuperación económica. La cuestión de si debilitará todavía más la demanda efectiva ni siquiera se menciona y se subordina a una creación de crédito insostenible. Solo ahora, el FMI ha publicado un informe llamando la atención sobre la «caída generalizada de la inversión privada». Fratzscher señala que la política monetaria expansiva

del BCE no ha llevado a la inflación, como habían pronosticado Sinn y otros economistas; pero no explica por qué ha tenido un efecto casi inapreciable sobre la riqueza. Es sorprendente que Fratzscher, al describir su nuevo programa de inversiones, no lo compare sobre todo con la reciente experiencia de Japón, ya que, como Alemania, depende fundamentalmente de los beneficios de las exportaciones. ¿Qué ha logrado la política expansionista de Shinzo Abe? Fratzscher no lo menciona.

En realidad, ¿qué dice todo esto del estado de la economía capitalista mundial, cuando todas las grandes zonas avanzadas están aplicando medidas expansionistas simultáneamente y a pesar de ello todavía experimentan una inflación muy baja y un crecimiento reducido? Fratzscher no parece darse cuenta de las implicaciones del mundo que tan bien ha descrito: una economía alemana frágil, cuya expansión ha sido factible enteramente gracias al abaratamiento de los costes laborales y que ha sufrido la consiguiente falta de demanda; exportaciones a países de reciente industrialización cuya demanda de productos acabados alemanes es temporal; dependencia de las exportaciones a una Europa que sufre de falta de demanda; inversores extranjeros que buscan bonos alemanes seguros; ahorro alto e inversión baja en Alemania (y en otros lugares) y la necesidad de instrumentos financieros de alto riesgo para atraer la inversión en infraestructuras públicas. La solución que proponen tanto Fratzscher como el FMI para remediar la baja inversión (una inversión más alta) es claramente eludir el problema.